

CASA

de las américas

AÑO XXX
NÚMERO 178

SÁNCHEZ VÁZQUEZ:

EL MARXISMO EN
LA AMÉRICA LATINA

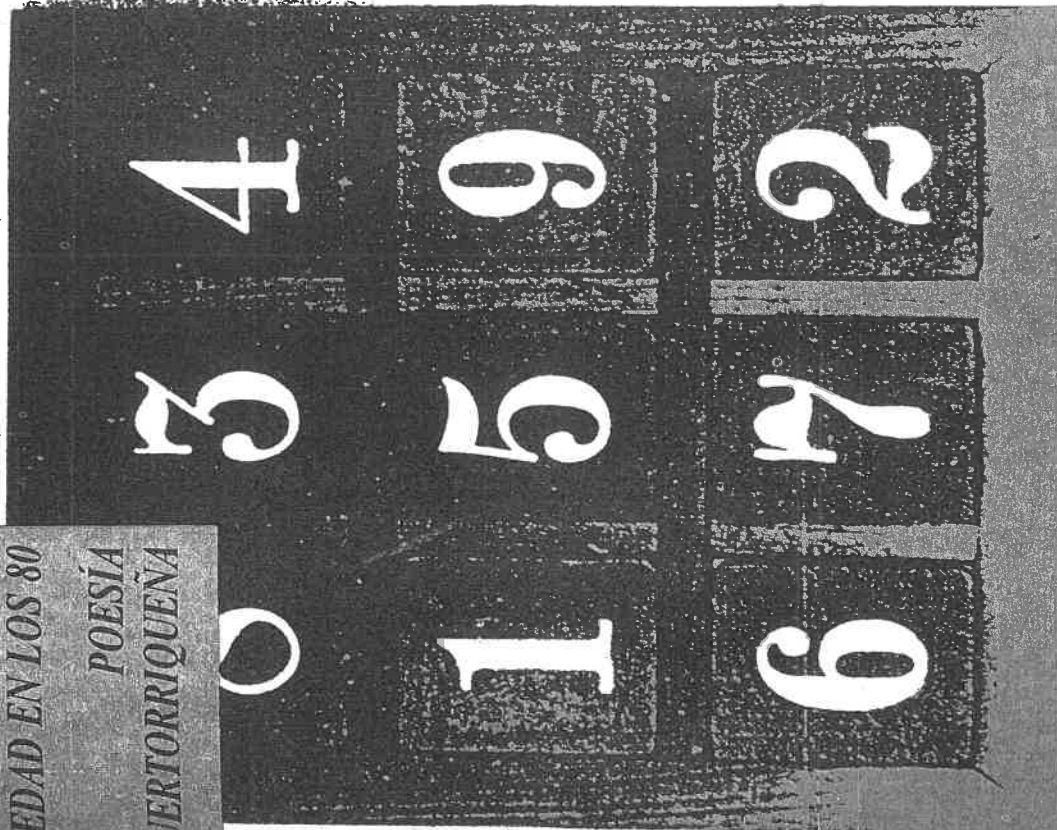
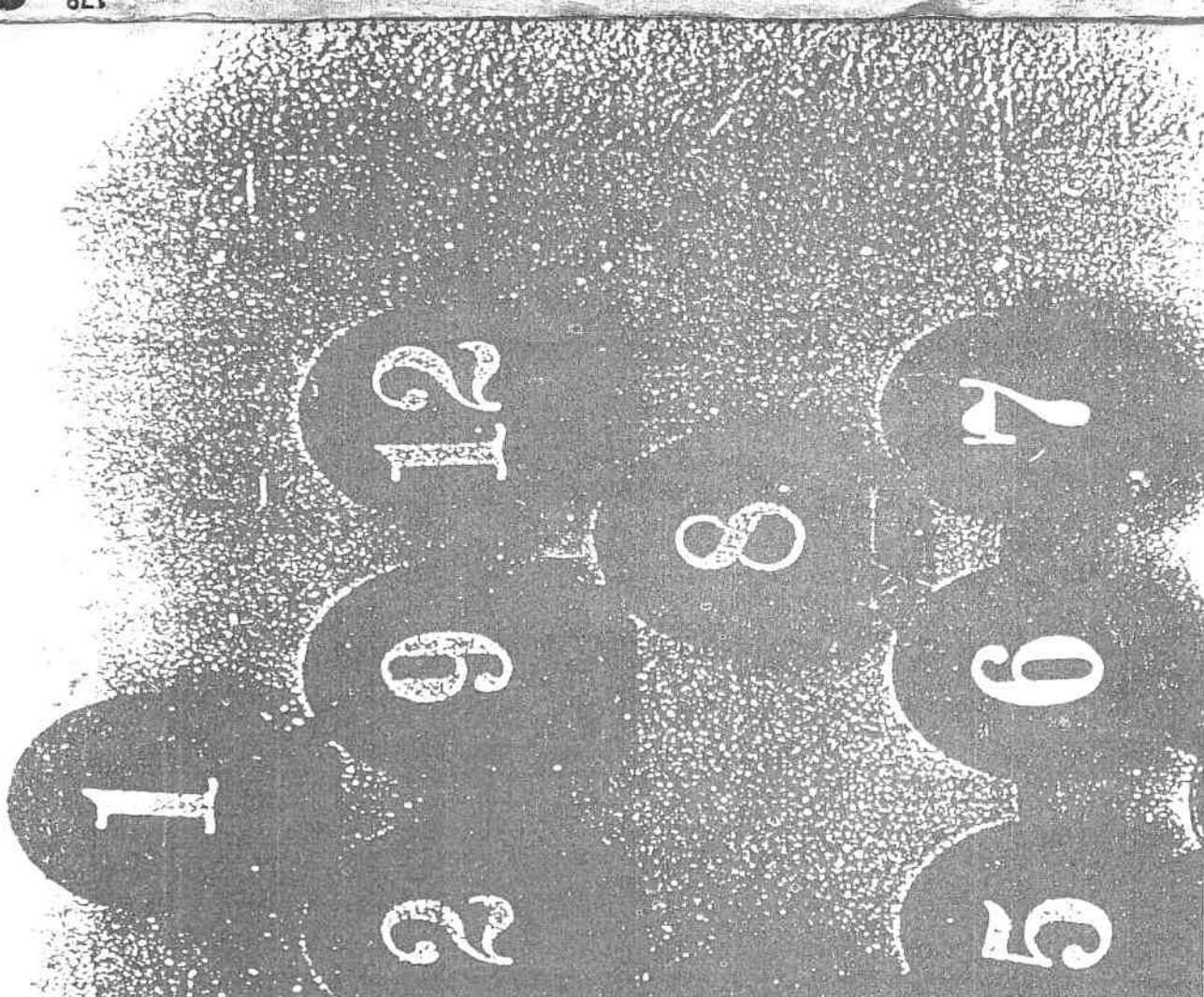
CUBA: CULTURA,
IDEOLOGÍA Y

SOCIEDAD EN LOS 80

POESÍA
PUERTORRIQUEÑA

1990

178



El individuo: su lugar en la sociedad socialista

Fernando González Rey

El tema del individuo ha sido muy poco tratado en la literatura marxista, donde ha predominado la atención a problemas sociales y económicos, que, a pesar de su esencialidad en el tratamiento del funcionamiento y el desarrollo social, no justifican la ausencia de uno de los elementos centrales en la comprensión sistémica de la sociedad: el individuo.

En muchos de los manuales sobre marxismo se refleja un tratamiento mecanicista y secundario del individuo, que es presentado, en muchas ocasiones, como el producto inmediato y lineal de los grandes cambios que se producen en la economía y en la vida social en general.

El papel activo, creador y transformador del individuo, a veces, se presenta como un momento de acción individual totalmente configurado fuera del individuo, en la sociedad, hipertrofiándose el sentido del determinismo social, y dejándose al individuo un simple papel de ejecutor.

Sin lugar a dudas, el individuo es un producto histórico social, pero es un resultado que tiene

un camino único e irreplicable en su desarrollo, y en cada nuevo momento social ese desarrollo está condicionado por el sentido subjetivo, individual, que este individuo es capaz de imprimir a dicha interacción.

En el desarrollo de la subjetividad humana, lo social deviene histórico en la personalidad del hombre, expresándose su potencial determinista en múltiples alternativas para el individuo concreto, quien asumirá una de ellas y la incorporará con un sentido personal irreplicable, como factor de funcionamiento y desarrollo siquico.

El problema del individuo ha sido tratado en varias corrientes del pensamiento burgués, particularmente por el existencialismo, corriente filosófica que, al margen de las críticas posibles a realizar desde una posición marxista, presentó aspectos de indiscutible valor para el análisis del hombre; su influencia se ha plasmado en la importante corriente psicológica representada por la psicología humanista.

En muchas oportunidades, la crítica marxista, al enfocarse una corriente de pensamiento, condujo a una negación de los problemas tratados por ella. Esta posición ha llevado al dogmatismo y a la ahistoricidad en el desarrollo del conocimiento científico. Son ejemplos significativos la negación del papel que desempeñan el inconsciente y el sexo en el desarrollo de la personalidad por la importancia que el psicoanálisis le atribuye a estos factores, o de la negación del problema del individuo, que fue tratado por el existencialismo.

El existencialismo reflejó el carácter enajenado del individuo en la sociedad capitalista y, aunque no comprendió su carácter sociohistórico al centrarse en la cuestión individual, aportó reflexiones de indiscutible valor para el desarrollo del tema.

En la sociedad socialista se logran un conjunto de condiciones objetivas que favorecen el desarrollo social e individual. Sin embargo, como ha demostrado la historia, estas condiciones no se expresan mecánicamente en un mayor desarrollo social e individual, ya que su expresión constructiva exige la optimización del factor humano, que va desde la organización de formas políticas y de vida social en general, hasta el funcionamiento de las instituciones sociales esenciales: familia, escuela y centro laboral. La célula de todos estos procesos y su resultado esencial es la formación y el desarrollo del individuo.

Plantearse fines sociales por encima de la capacidad de los individuos, para darles un sentido a su propia acción, desarrolla una tendencia artificial de evolución que, si no logra revertirse hacia la formación de los propios sujetos que constituyen las distintas capas y clases de la sociedad, puede conducir a serias contradicciones que frenen el propio desarrollo social en una dimensión mediata.

El socialismo, como sistema social, necesita más del papel activo del individuo que el capitalismo, pues el individuo debe tener una participación mucho más amplia en cuestiones generales de la dirección del país que en el sistema capitalis-

ta, donde el poder político está, absolutamente, en la clase burguesa, la única que puede realmente expresar todo su potencial creador.

A pesar de ello, muchas de las ventajas del socialismo, como son la propiedad social sobre los medios de producción, la planificación centralizada y la orientación social de muchos de los servicios esenciales a la población, también generan fenómenos negativos, cuya superación implican, necesariamente, formas políticas que optimicen la participación individual, entre ellas, la dirección colectiva, la democracia socialista y la máxima utilización del potencial humano a todos los niveles de la sociedad.

Así, por ejemplo, la excesiva centralización estatal ha implicado el desarrollo de una burocracia improductiva e ineficiente, cuyos mecanismos de control, totalmente despersonalizados, son rígidos y alejados de las necesidades reales del proceso que controla.

La mediatización burocrática entre quienes dirigen y ejecutan frena toda decisión ágil y necesaria, cierra las puertas a las iniciativas individuales y pautas de forma mecánica todos los pasos de cualquier proceso productivo e institucional. La burocracia, además, imposibilita la flexibilidad de los órganos de dirección en la base, y procura su aceptación política al hacerle un juego oportunista a las consignas generales del momento.

Una característica distintiva de la burocracia es que trabaja "mirando arriba", y utiliza como recurso de subsistencia la complacencia de los niveles superiores, lo cual siempre está por encima de su compromiso con los resultados que se obtienen en la base.

El burócrata se mantiene por su sistema de relaciones y por el propio aparato que ha creado, el cual permite muchas respuestas halagüeñas y datos bien interrelacionados que cumplen su cometido distorsionador ante la dirección del país: es realmente difícil descubrir el hilo de su falsedad.

La estructura burocrática trata de hacer desaparecer al individuo: este es sustituido por cifras,

consignas y metas generales, a las que deben subordinarse como un bloque todos los individuos que las reciben. La burocracia es la antítesis de la creación y la participación individual organizada, las que son, por tanto, sus mejores antidotos.

Otra cuestión muy importante, desde nuestro punto de vista, es que se extrapolan al Estado y a la vida social principios del funcionamiento partidista, pero mal aplicados. En este sentido las direcciones de los ministerios, en muchas ocasiones, crean resoluciones y reglamentos orientados a especialistas de todos los sectores: obreros, profesionales, campesinos, etc., los cuales llegan a la base como realidades acabadas, a las que poco se les puede añadir.

Paradójicamente, se engendra un respeto hacia los dirigentes de todos los niveles, que va convirtiéndose en temor a todo lo que pueda contradecirlos y en incapacidad absoluta para ejercer, de forma franca y abierta, una polémica con ellos.

Esta situación conduce a una psicología de falsa fe en el dirigente que, más que una disciplina necesaria, se convierte gradualmente en fuente de pasividad y conformismo.

En esta situación lo individual queda subsumido en el grupo, sin canales de salida eficaces que puedan ser productivos para el proceso social. La participación individual queda agotada en un momento situacional, no rescatándose en ninguna otra parte durante el rico y complejo proceso de la realidad, donde no siempre lo apoyado por la mayoría es lo más correcto.

En el socialismo se ha presentado con frecuencia un sintoma que ha resultado muy dañino y que, precisamente, ilustra la pérdida del sentido de lo individual en la praxis política y social: el sintoma de la unanimidad.

En la unanimidad sobre una situación intervienen factores de muy diversa naturaleza, que van desde intereses personales, temores e indecisión, hasta verdaderas convicciones en los diferentes individuos que la definen. Lo unánime sin matices individuales debe preocuparnos, pues una unanimidad verdadera encierra distintas for-

mas de la base se recoge por vías demasiado formales que, de hecho, configuran anticipadamente lo que la base debe responder.

Por supuesto, no se trata de crear un "democratismo" donde la dirección no tenga autonomía para la toma de sus decisiones, sino de crear mecanismos sistemáticos, integrales, que, manteniendo la autoridad de la dirección, garanticen a esta las valoraciones más relevantes de la base que pueden servir de apoyo a sus decisiones.

El universo del dirigente, en cualquier nivel de dirección, es sumamente amplio, complejo y heterogéneo, por lo cual es necesario que los hombres que integran la base sean capaces de aportar a los niveles de dirección reflexiones y valoraciones de importancia que pertenecen a su universo, y permitir así al dirigente aquilatar en su verdadera magnitud hechos o situaciones que en el conjunto de problemas que él debe atender pueden ser secundarios, pero que pueden tornarse esenciales en un momento dado. Son fenómenos que, por su carácter, a él le resultaría muy difícil de percibir, y solo puede dárselos el individuo que en un momento dado se vincula con ellos en su vida concreta.

Los hechos y situaciones no tienen un sentido cuantitativo para las decisiones de dirección, sobre todo cuando son políticas. Sin embargo, su carácter cualitativo, su sentido para la atmósfera social, es realmente difícil de aprehender cuando no se vive en la situación concreta en que el hecho se expresa, por lo que resulta esencial la re-actualización permanente de la base, que solo es posible a través de los individuos realmente capaces de transmitirla con fuerza y decisión.

Todo hecho político o social relevante se convierte en dinamizador de cambio, de desarrollo, a través de la acción de individuos concretos que, aún representando intereses más generales, son los momentos vivos, capaces de configurar el sentido de algo y orientar el desarrollo social. Esto es válido para el cambio necesario, permanente, que el movimiento social implica.

Cuando la opinión individual no se reconoce como parte de una cultura necesaria de las relaciones sociales, esta es omitida con facilidad, y pasa a ser la comunicación con los subordinados más un acto formal que un momento real, necesario para el desarrollo de la actividad.

El colectivismo no es solo la integración de un conjunto de personas a un fin común, sino el motivo que anima a cada individuo en dicho fin. Muchas veces un individuo se destaca en una actividad que por su sentido tiene un profundo valor colectivo y, sin embargo, los motivos que lo hacen destacarse son profundamente individualistas.

El colectivismo que se da en cada uno de los individuos concretos que participan de una actividad no está dado por el carácter de esta. Para que un contenido adquiere una significación colectiva, el individuo tiene que hacerlo suyo, sentirse realizado por el sentido que su acción tiene para los demás, la cual, a su vez, tendrá un profundo sentido para él.

El colectivismo no niega al individuo, al contrario, es el nivel de expresión individual más pleno y autodeterminado que existe. El colectivismo es la expresión máxima del sistema de valores que predomina en el individuo.

El colectivismo no representa una entrega inmaculada hacia los demás, con olvido total de uno mismo, sino que, por el contrario, es una de las formas más definidas de realización y autodeterminación individual; en él se encuentra el hombre a sí mismo a través del proyecto a que se entrega, dentro del cual participa con su expresión individual comprometida. El verdadero colectivismo nunca es impuesto desde afuera, sino que siempre es una expresión autodeterminada del individuo.

En el desarrollo de motivos e inclinaciones colectivistas es esencial que el individuo se sienta reflejado en el proyecto, que se exprese con todas sus fuerzas y recursos en los objetivos del mismo, que sienta respetada sus decisiones e intervencio-

nes, aún cuando no sean aceptadas o sean erróneas.

Sin embargo, en ocasiones pretendemos equivocadamente aglutinar en un esfuerzo colectivo a individuos que no han tenido la más mínima participación en el objetivo propuesto, lo que se hace apelando a valores políticos que no tienen, necesariamente, que ver con la situación concreta que demanda su esfuerzo. Con ello se logra que el valor político enarbolado vaya perdiendo su sentido real, y sea percibido por los individuos como un elemento de presión externa, con lo cual se devalúa su sentido político. Esta es una de las vías de aparición del formalismo, proceso donde principios y valores importantes resultan devaluados y son sentidos como "leque" al perder su valor formativo y movilizador.

El individuo es la célula real de todo proceso político-social, que, en su decurso, debe ser capaz de asimilar con amplitud y flexibilidad los matices individuales que presupone la integración colectiva.

Un síntoma de fuerza y efectividad de un sistema político-social es su capacidad para enriquecerse por la multiplicidad de formas de participación individual, sin perder sus fines y principios como sistema. Este es el sentido último de la aplicación de cualquier forma de democracia.

Esta situación es dañina para la formación política-ideológica, y una de sus consecuencias, a escala social, es que las actividades sean convocadas apelando a determinados valores y que en el plano individual la participación en ellas responda a otro sistema de valores que, en ocasiones, es diametralmente opuesto al utilizado para motivarlas. En estos casos, la actividad puede ser negativa para el individuo concreto, aún cuando resulte positiva, de forma general, por su sentido político o social.

La democracia se implementa dentro de un sistema concreto como forma de preservar y desarrollar el *status-quo* imperante, nunca como un medio de autoeliminación del sistema. Es por ello

que el sentido real de la democracia socialista es el fortalecimiento del socialismo.

La democracia socialista no puede ser una copia de la democracia burguesa; la democracia socialista existe dentro de un sistema de factores que hacen de ella un elemento esencial para la dirección política y estatal. La democracia garantiza integrar al proceso social múltiples formas de participación grupal e individual que aseguran los cambios necesarios para preservar un sistema en el medio rico y cambiante en que se desarrolla.

Todo sistema tiene que reflejar la vida y desarrollarse a través de ella. Perder el contacto con la vida implica perder la ruta de lo necesario, categoría sobre la que se organizó la dialéctica marxista. Los cambios históricos y sociales no se imponen por consideraciones éticas o racionales, sino por su carácter necesario, categoría que no siempre aparece de forma inmediata ante nosotros, por lo que en la mayoría de los casos es imprescindible descubrirla.

Por supuesto, lo necesario en la vida social no es una categoría supraindividual, que se expresa, al margen de los individuos, imponiéndoles a estos un camino.

Los hombres, integrados en grupos, clases, partidos, en fin, la articulación de toda la vida social a través de la intencionalidad humana, son elementos esenciales en la definición necesaria de un camino.

En la vida social lo necesario pasa por el sentido y la acción de los hombres que desarrollan un proyecto, cuya posición activa es un elemento esencial en la definición de la necesidad a nivel social.

Esta posición, por supuesto, de ninguna manera significa que la necesidad sea creada por el hombre, fuera de los sistemas objetivos de interrelación en que este existe, pues lo necesario es plurideterminado, no existe de forma absoluta ni en la cabeza del hombre, ni en los determinantes objetivos en que este se desarrolla, sino en la interrelación sistémica y necesaria de ambos factores.

Lo necesario no siempre entroniza en la intencionalidad humana, como una formulación conciente, acabada, la cual puede incluso ser mediata en relación con acciones que se imponen de forma coyuntural y con apariencia de inmediatez.

Cuando la organización estatal y partidista se apoya en la participación real de la base, cuando se crea una cultura de participación y reflexión en los individuos, las posibilidades de reflejar las exigencias actuales y cambiantes de la vida en las decisiones políticas son mucho mayores.

El reflejo de la vida en los individuos y, por tanto, en su expresión, es necesariamente singular, irrepetible, y su valor está precisamente en esto, pues cada individuo, a través de sus propios matices, permite descubrir las regularidades de un proceso, regularidades que están presentes en todos los sujetos, aunque su expresión esté mediada por el sentido individual que cada uno le otorga.

Las expresiones individuales no deben estar sujetas a un sistema de exigencias formales tan elevado que no favorezca la autenticidad. Al individuo no se le pueden pedir intervenciones que linealmente coincidan con lo establecido o con lo esperado, pues ello implicaría negar su sentido individual.

Cuando el individuo no puede expresarse como es en uno de sus sistemas de relaciones, lo hace en otros, pues nunca pierde su carácter individual. Sólo que, cuando esto sucede, su expresión puede llevar en sí las deformaciones propias de quien siente la imposibilidad de ser auténtico en determinadas situaciones.

La imposibilidad, o lo que el individuo siente como imposibilidad de ser auténtico en determinado sistema de relaciones, es uno de los elementos que contribuyen al desarrollo de una doble moral, una de cuyas formas de expresión es que el individuo piensa una cosa y expresa otra, al momento en el sistema de relaciones donde siente la imposibilidad de ser auténtico.

Ello es agravado porque el sistema de relaciones en que se expresa no siempre es el mejor

para influir de forma positiva y educativa sobre él, y él puede llegar a tener una influencia deformante sobre ese sistema de relaciones.

Es necesario desarrollar mecanismos concretos que posibiliten la expresión auténtica, así como una cultura de debate y polémica que caracterice la expresión del esfuerzo colectivo, lo que implica desarrollar actitudes diferentes hacia la valoración del individuo.

Una de las actitudes que debemos revisar es nuestra posición ante el error. El error es un momento esencial y necesario en la aproximación a la verdad, tanto individual, como colectiva. Para crear hay que equivocarse y, sobre todo, no tener temor a equivocarse.

El error tenemos que utilizarlo como un incentivo para la búsqueda, para la reflexión. No podemos crear una atmósfera punitiva alrededor del error. Hay errores más brillantes que una reflexión mecánica.

Por supuesto, también tenemos que educar el sentido de la responsabilidad ante el error, sobre todo cuando esto se expresa en decisiones que atentan contra un resultado positivo concreto en cualquier esfera de la vida. Sin embargo, en el plano de la reflexión, de las ideas, de la polémica, el error es un momento necesario que refleja la apreciación individual sobre un problema. El error es un momento esencial del pensamiento.

Casi siempre el error representa una presión mayor para quien dirige, pues el hecho de tener que tomar decisiones importantes crea una mayor propensión al error. Pero si el sistema de retroalimentación colectiva es eficiente, el número de alternativas con que cuenta la decisión de dirección aumentará, aumentando también las posibilidades de acertar.

Sin embargo, en ocasiones lo que se interpreta como error son las alternativas disparejantes que un dirigente recibe, con lo cual se cierra el círculo de alternativas a considerar para su decisión, lo que lo hace más vulnerable al error.

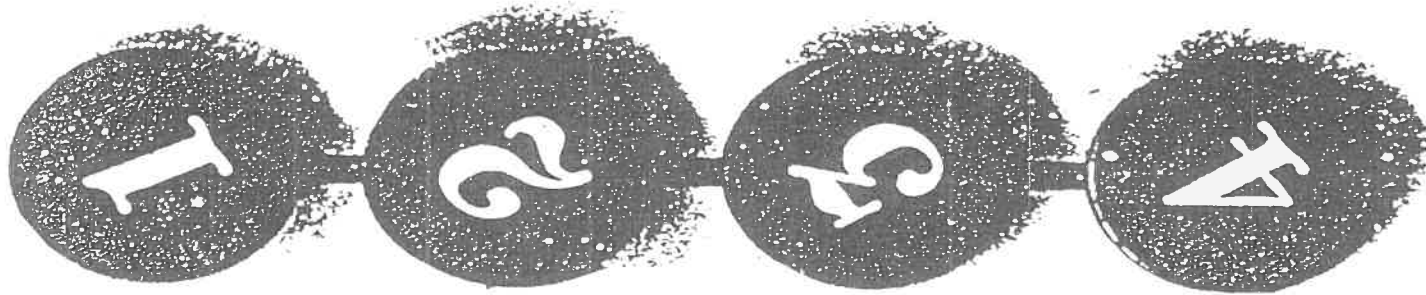
El universo de información que debe manejar quien dirige es tan amplio que pequeños pro-

blemas, muy locales, indiscutiblemente no pueden convertirse en su centro de reflexión. En cambio, otras veces un conjunto de estos pequeños problemas tiene más peso en la esfera político-ideológica que grandes realizaciones, lo que tiene que aparecer a través de intervenciones individuales, para las cuales estos pequeños problemas son esenciales.

Es muy saludable que, a los efectos del buen funcionamiento social, los individuos, a distintos niveles, intervengan en los debates y en sus organizaciones, reflejando con fuerza sus problemas concretos, única vía posible para posibilitar un cuadro objetivo, real, de los factores vivos y cotidianos que deben ser priorizados en la atención de quienes dirigen.

En la vida cotidiana, sin embargo, a menudo se generan mecanismos totalmente opuestos, y se reclama a los individuos no agobiar al dirigente y centrarse en "lo más importante". Ante esta situación cabe preguntarse, ¿lo más importante para quién? Se supone que el dirigente precisamente esté motivado para oír lo que pueda enriquecerlo y no lo que nada nuevo le aporte.

En la sociedad socialista existen las condiciones reales para el despliegue de todas las potencialidades individuales, pero debemos encontrar estructuras, mecanismos y leyes que regulen los complejos aspectos de la democracia, la dirección colectiva y la participación del individuo en la vida estatal y política.



Cultura y vida cotidiana*

Mónica Sorín

"¿Cultura de la vida cotidiana? ¡eso no es cultura!", he escuchado afirmar a personas de nivel académico.

I. LOS ASPECTOS LATENTES DE LA "OBVIA" VIDA COTIDIANA

Lo cotidiano es la expresión inmediata, en un tiempo, ritmo y espacio concretos, de la compleja trama de relaciones sociales que regulan la vida de las personas en una formación económico-social determinada, o en un contexto social dado. El análisis de la vida cotidiana permite descubrir el proyecto que subyace y que le da dirección e intencionalidad al proceso de socialización en una sociedad dada. Este examen nos permite también descubrir posibles contradicciones entre lo que un país se propone y lo que realmente está estructurando; de estas observaciones pueden surgir importantes propuestas para la modificación y reordenamiento de la vida cotidiana, organización y reordenamiento de la vida cotidiana, orga-

nizando ésta de manera más coherente en relación con el proyecto social propuesto.

Este análisis de la vida cotidiana requiere, imprescindiblemente, indagar lo esencial que subyace en lo fenoménico. Ello es particularmente así en este terreno, porque lo cotidiano tiene la característica de parecer obvio, natural, "autoevidente". El hecho de que se repita, de que se presente a diario, le da justamente ese carácter: se produce un fenómeno de acostumbamiento a lo cotidiano, una especie de familiaridad acrítica. Incluso, esa familiaridad provoca la sensación de que no existe otra forma de vida que la que uno tiene: *mi* forma de vida es *la* forma de vida. Así, en la sociedad capitalista "es obvio" que:

- los pobres son pobres porque no trabajan, ni ahorran
- el capitalista merece la mayor parte de riqueza porque él pone el capital, que resulta de su esforzado trabajo, etc., etc.

Cabe reflexionar sobre algunas "obviedades" de nuestra cotidianidad:

* Varias ideas de esta nomenclatura han sido sugeridas por dos libros: "Psicología de la vida cotidiana", de E. Pichon Rivière, y "Crítica de la vida cotidiana", de A. de Quiroga y J. Racedo.